Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 319-328.

Carlos Quijano (1900)

Figura capital de aquel perfilado núcleo del reformismo universitario que fue el "Centro Ariel" (1917), fervoroso rodoniano juvenil, abogado (1924) luego de un curso de estudios memorable y tras él, y por varios años, "peregrino alucinado" en la Europa hirviente de la primera postguerra, diputado (1928-1931), fundador de la "Agrupación Nacionalista Demócrata Social" (1929), Quijano —como Juan Andrés Ramírez en la generación del 900— ha sido esencial, eminentemente, un periodista. Un periodista (o también un "publicista", como solía decirse), en elevado plano y tan persistente que poco es, en puridad, lo que de su obra escrita puede colocarse bajo movilización diferente.

"**Nicaragua: un ensayo sobre el imperialismo**" (1928), anunció lo que ha de ser tema constante de su preocupación de americano; "**Evolución del Contralor de Cambos en el Uruguay**" (1944), es un denso trabajo de naturaleza técnico-legal; los materiales de su conferencia en el "**Ciclo de la opinión económica**" (Cámara Nacional de Comercio, 1949), "**El Tratado con los Estados Unidos**" (1950), su libro "**La Reforma Agraria en el Uruguay**" (1963) recogen material de su faena periodística o son indistinguibles de ella.

Quijano ha ocupado también cargos de asesoramiento y dirección en instituciones económicas internacionales y del país, entre otros el de gobernador del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento a partir de 1947, además de ser el jurista más notorio de nuestro medio en la especialización financiera y cambiaria. Actividades laterales, con todo, llámeseles, o menesteres de la subsistencia personal o reclamos de la necesidad pública nacional que Quijano ha tendido a resistir pero a los que, en oportunidades, no ha podido negarse. Y si todo esto se dictamina como "lateral" es porque Carlos Quijano, en la óptica con que se le considera desde hace tiempo y no habrá de variar, resulta, antes que nada, el hombre de esa MARCHA que pronto cumplirá un cuarto de siglo y a la que alguien ha calificado de **un lujo** de la república y muchos **un milagro** de ella. Y en verdad, "lujo" o ("necesidad") o "milagro" (o larga paciencia), existe una desproporción tan enorme entre el medio del Uruguay y su prensa y la calidad, la libertad de juicio, la densidad sin pesadez, la inflexible fidelidad a los mejores intereses nacionales e hispanoamericanos que en MARCHA campean, que ciertos calificativos, por ditirámbicos que puedan parecer, no suenan a desmesurados.

En sus casi veinticinco años de editorialista de MARCHA (1939), en sus etapas prologales de la corresponsalía de EL PAÍS (1927), del diario EL NACIONAL

(1930-1931), del semanario ACCIÓN (1932-1938), en la posterior REVISTA DE ECONOMÍA (1947-1953) —en la que publicó sustanciales trabajos sobre "**La crisis del 90**" y "**Renta nacional y población activa en el Uruguay**"—, Quijano fue adiestrando la herramienta de un estilo expositivo sin par entre nosotros, "periodístico" por estricto ajuste funcional pero "ensayístico", en su médula, por la libertad, la invención y el acento personal que lo norman y "literario", al fin, por su sostenido nivel de excelencia. Un estilo inconfundible es, en el que se inscriben variadamente el fervor y el humor, el sarcasmo, la ironía y una ocasional demoledora agresividad, la autoridad natural del que sabe bien de lo que habla, el manejo ejemplar de dichos, adagios, refranes y una siempre imprevisible imaginación tituladora. Su discurso tiene, sobre todo, un peculiarismo ritmo: lento, a medias pedagógico y machacón, a medias elegantemente fatigado, que casi nunca se rompe. Sabe ser minucioso, docto, nutrido y sabe ser confidencial, emotivo y hasta lírico y sabe ser ambas cosas al mismo tiempo sin que, aparentemente, los dos tonos se incomoden.

Mucho de la labor periodística de Quijano es atañedero a la materia económica y financiera, de las que fue catedrático por años en la Facultad de Derecho (desde 1932 y 1936) y en la de Ciencias Económicas (1936) tras una sólida formación académica en Francia (1927-1929), junto a las autoridades (Rist, Jèze, Nogaro) de aquel medio intelectual. Y son los temas económicos nacionales los que ocupan mayor espacio en la colección de sus editoriales; de cualquiera de las grandes cuestiones de nuestra realidad: producción, moneda, bancos, comercio internacional, presupuestos, deuda pública, tierra, carne, lanas y otras muchas podrían extraerse, de esa labor semanal de años, nutridas selecciones. Es en esos temas, especialmente, que Quijano ha desplegado su afecto por cifras y porcentajes, minuciosas comparaciones entre el ayer y el presente y largas transcripciones corroboradoras de su propia reflexión.

A partir de 1958 (para fijar una fecha), han sido cada vez más frecuentes en esa masa editorial los planteos generales —y ya no puramente técnicos— nutridos de cierta ambición panorámica y de una irrestañable veta confesional, como si urgencias íntimas y urgencias del país ya no hicieran factibles (o lo hicieran menos) los morosos enfoques impersona1es y seccionalizados. Y aquí también sería imposible eludir una mención de su maestría en la necrológica, un género tan al parecer insanablemente rutinarizado y en el que Quijano ha sabido transmitir su gusto por lo pintoresco, diferencial, de los seres, la aptitud para apresar la positividad (a veces tan escondida) de muchos compatriotas, la melancolía de las posibilidades individuales nunca alumbradas, su conciencia de un "patrimonio humano" nacional por encima de diferencias de bandos, filiaciones e ideologías y (aun) ocultos, penumbrosos entresijos de su propia intimidad.

La "Agrupación Nacionalista Demócrata Social", que Quijano fundó en 1929, importó —tras el "carnelismo", pero seguramente en una forma mucho más orgánica, cabal— la tentativa, por parte de lo mejor de la "élite" intelectual

juvenil del Partido Nacional, de poner plenamente "al día" el difuso, implícito planteo ideológico de uno de nuestros grandes partidos tradicionales. En 1919 y para jóvenes uruguayos ese "día" quería decir las corrientes promovidas por la primera y promisoria postguerra, el mesianismo americano de la Reforma Universitaria de 1917 y, sobre todo, la "democracia social" a la europea, esto es, el anhelo de trascender los planteos democráticos desde el plano formal y puramente político a los restantes órdenes de la sociedad y, sobre todo, a la desnivelada, feudalizada y oligárquica estructura socio-económica. A ello unió Quijano el antimperialismo, que sobre ser el caudaloso movimiento que había enrolado en el pasado a las mejores, más limpias y vivas inteligencias del continente, había acendrado su significación en la década de los veinte con la ocupación de Nicaragua y esos otros episodios parejos que hicieron del período de las presidencias de Harding, Coolidge y Hoover uño de los más tenebrosos trechos de una secular (y aun no clausurada) historia.

Co-fundador, en París y junto a tan relevantes figuras americanas como José Vasconcelos, de la "Asociación de Estudiantes Latinoamericanos" (1925), Quijano ha sido fiel como nadie a esta decisiva definición juvenil, aunque tono y argumentos hayan variado como han variado, en la movilidad de casi un tercio de siglo, las apariencias, los lemas, las argucias y los pretextos de aquella fuerza.

Si desde aquí hubiera de sintetizarse, cabe decir que, también a ese tercio de siglo de distancia, su pensamiento puede bien ser insertado en el nacionalismo popular latinoamericanista, de orientación socialista, planificadora, "desarrollista" (para usar el copioso comodín de hoy), inclinado al uso informal de un marxismo abierto y hostil a todo totalitarismo dogmático, antimperialista, neutralista y "tercerista" en las contingencias de la vida internacional. Y en lo interno, agréguese, en lo político, decididamente inclinado a optar por formas institucionales democráticas (mejor si remozadas, revitalizadas) respecto a la centralización rigurosa y al partido único y a toda la numerosa gama hispanoamericana de variantes más o menos ambiguas.

Pero si este esquema exigiera alguna matización, hay que decir también que, entre 1939 y 1955, el pensamiento de Quijano acentuó ciertos rasgos de un nacionalismo que no deja de ofrecer similitudes con el de Luis Alberto de Herrera: la predicación de la modestia y la mesura de conducta internacional que corresponden a una pequeña nación pobre, inoperante, indefensa; el apego a "las permanencias" que representan las contigüidades geográficas, la comunidad del origen histórico, la identidad de intereses económicos, frente a las consignas estruendosas del momento, a las yertas solidaridades ideológicas, a las gigantomaquias (con contrincantes fácilmente sustituibles) entre el "Bien" y el "Mal", a todas las "guerras santas" pregonadas a todo trapo para dualizar en justos y réprobos a las gentes, partidos y potencias del mundo. Contra todo esto (sin dejar de aceptar lo que de inmediato y razonable pudiera reclamar), predicó la cabeza fría, el apego a lo estable, la insomne atención a las realidades

del imperialismo, las complicidades nativas, el atraso, las humillaciones nacionales que constituyen las líneas de larga duración desde las que se prolongan las rémoras de nuestro destino. Esto (Quijano no se ha cansado de predicarlo) es lo esencial y decisivo frente a **las charangas y las retóricas** de los que reclaman nuestro apoyo cuando se hallan de espalda contra la pared (o están tratando de evitarlo), frente a la cándida o siniestra vanidad de los que quisieron (y quieren) empujarnos a un misionalismo "democrático", a un salir, como Tartarín, **a la caza de leones**, contra todas nuestras posibilidades y conveniencias.

Este nacionalismo más amplio que el de la estricta área uruguaya (ese fruto de la "balcanización", contra todo lo que se pretenda), ese nacionalismo rioplatense y aún latinoamericano, le ha llevado a un compromiso permanente y a una abierta insurgencia intelectual ante ciertas fuerzas y añagazas con curso en nuestro hemisferio. No hay duda que su insistencia mayor es la hostilidad a la farsa jurídica panamericana y su consecuente escamoteo del desnivel entre un poder irresistiblemente decisorio y una constelación de naciones artificialmente divididas. Pero también la inflexible resistencia a cualquier infracción a la no-intervención; también el penetrante desenmascaramiento de todas esas azucaradas fórmulas ("intervención multilateral" u otras) con que se pretende dar carta blanca a los Estados Unidos para arrasar los regímenes que los incomoden; y todavía el análisis implacable de esas pautas, de esos planes (llámense "Alianza para el Progreso" o de otra manera) con que se espera congelar el desarrollo latinoamericano, en los parsimoniosos cánones de una "revolución pacífica" virtualmente invisible.

En estos rubros (aunque soslayando tal vez un plano extra-político y, sobre todo, extra-institucional que complicaría las cosas), la ironía de Quijano se ha vertido cuantiosamente sobre la operación dualizadora entre "democracia" y "totalitarismo", entre "mundo libre" y "mundo esclavo", que incluye en el rol de las fuerzas absueltas cualquier régimen, por absoluto, por regresivo que sea (el español o el portugués, el de Somoza y el de Trujillo, las oligarquías de Perú y de Colombia, los sultanatos petroleros del Medio Oriente o los gobiernos mercenarios del Asia del Sur y sus islas) dispuestos a servir con la imprescindible docilidad los intereses (y las neurosis) de la gran potencia occidental.

En lo económico y financiero, Quijano ha mantenido, durante su larga faena editorial, una actitud más bien ecléctica, una posición que si es consciente de la falacia radical de toda economía liberal ortodoxa se ha pronunciado también con empeño contra las formas mixtas (que él cree híbridas, estériles, incurablemente empíricas) del "dirigismo" y el "intervencionismo" estatales tal como entre nosotros se practican, movidos por las exigencias variables, contradictorias, del interés político, del cálculo electoral, de la presión ávida de los grupos, cumplidos por los instrumentos ciegos, o corrompidos, o falibles, de la burocracia estatal. Muchos, muchísimos editoriales ha dedicado Quijano a las

pifias de esa disparatada credulidad de políticos y administradores **que creen que bajando el termómetro se hace desaparecer la fiebre**, a la confianza en encauzar contralores de precios y de costos, con amenazas a la especulación, con dosis masivas de moralina, la correntada libérrima, ciega de una vida económica normada por el interés de los poderosos, por la supremacía de los monopolios. En realidad, y sobre todo en los últimos años, su prédica —el modo de su admirado Pierre Mendés France— se mueve por el reclamo de una planificación que no excluya una auténtica elasticidad de las instituciones económicas. También cree Quijano en la superioridad relativa de una nacionalización cabal del aparato productivo, siempre que ésta sea servida por un estrato técnico seleccionado rigurosamente, dotado de sentido político y nacional, sin esa presunción "tecnócrata" sobre la que a menudo ironiza, y todo acompasado a una profunda transformación de nuestras estructuras agrarias que, antes de la actual y unánime boga del tema, fue uno de los primeros en reclamar (y fundamentar).

Completado este esquema, acentuadamente normativo, corresponde subrayar hasta qué punto Iberoamérica entera, y su destino, es el verdadero campo histórico, el ámbito emocional del "tercerismo ideológico" de Quijano que, como todos los dirigentes responsables de este costado sur del hemisferio, no respira a pleno pulmón si se le constriñe en las áreas que delimitan fronteras fijadas por la diplomacia y el azar. En este orden de alcances, Quijano es un auténtico descendiente de la generación de "Maestros de Juventud" (Palacios, Vasconcelos, Ugarte, Ingenieros) —los "calibanes" de Sánchez— que convirtió los preceptos del culturalismo arielista en viva noción de las realidades del contorno (políticas, económicas, sociales) que exigían enfrentamiento y cura.

Inscripto en las contingencias históricas del continente, de cara a la esencial ambigüedad de los fenómenos ocurridos en él por un tercio de siglo, no sería difícil advertir que el pensamiento de Quijano ha oscilado con cierta perplejidad frente a las formas autoritarias, militares y caudillescas, de nacionalismo populista y masificador, latamente "socializante", de tónica emocional antiimperialista y realizaciones (a veces) de positiva índole liberadora. Algunos distingos ensayados ante la vigencia de fenómenos como el peronismo, el varguismo u otros similares muestran esta perplejidad. Lo "permanente" (la liberación nacional antiimperialista) —por ejemplo— y lo "accesorio" (las formas dictatoriales y militares que en ocasiones las han impulsado). O las **limpias banderas**, empuñadas por **manos sucias**. O la posibilidad de que los "fines buenos" sean "servidos" por hombres intachables pero también "utilizados" por otros que no lo son. Durante buena suma de años, en síntesis, Quijano tendió a filiar en el fascismo europeo ciertas corrientes latinoamericanas cuya positividad —al margen de todos sus excesos y eventuales corrupciones— tiende hoy a subrayar el juicio político de las últimas generaciones. Pero también, déjese bien establecido, siempre ensayó los distingos citados y en manera alguna echó leña al legalismo mentido de los intereses jaqueados y amenazados. Con todo, sólo ante los sucesos argentinos

del 55 y la Revolución Cubana (a esto se volverá a aludir en otra parte) parece haberse abierto en su juicio la noción de esa contingencia y esa impureza de la historia que hacen que la promoción impostergable de nuestros pueblos pueda marchar sobre carriles éticamente ambiguos o fundamentos ideológicos que sea dable rechazar por lo menos en su imposición autoritaria. Y aun, más en general, que el "carismas" caudillesco, el peso de las armas, la irracionalidad, la pasión ardida y sin maneras puedan ser en América (también) los signos posibles de nuestra irrupción a la vida.

Más allá de esto, que todavía está en el plano de las ideas, cabe pensar que su figura personal no estaría completa si faltara —por lo menos— la rápida mención de los que pueden llamarse sus "tonos" emocionales, los módulos (a veces verdaderas imágenes) de su enfrentamiento con la realidad del país y con sus prácticas.

El llamado a la sensatez, al realismo, la apelación a la cordura contra las vigencias de nuestra **loquibambia** y del eterno ignorar que **dos más dos son cuatro** resulta, tal vez, el más reiterado. Otro es el contraste entre el verbalismo, los errores, las tonterías de los hombres y el sostén, precario pero sostén al fin, de los humildes ritmos creadores de nuestro mundo natural, del **ardor del toro en primavera** y la tierra buena que siguen impertérritas al margen de nuestras locuras e ilusiones. Y también la antítesis entre la agitación frenética de nuestra politiquería, los debates de nuestros partidos y las prisas de la arrebatiña presupuestal y los grandes problemas estructurales que yacen bajo ellas, cada vez más desatendidos, más amenazantes, más acuciosos. Pero es tal vez más fuerte, y sin duda más amplia, la contraposición entre nuestro optimismo **panglosiano**, nuestra suficiencia desarmada y aldeana y el mundo dinámico, tremendo, duro, que más allá de nuestras fronteras nos va estrechando, asfixiando, por más que nos sintamos inmunes a él, pertrechados para eludirlo. La "siesta criolla", gozada al margen de la historia, le convoca a la alarma y al sarcasmo: **sub specie galli cantum** son lanzadas muchas de las críticas que apuntan a nuestra renuencia a tomar conciencia de los urgentes y desoídos deberes que el espacio y el tiempo nos imponen.

El muy mentado "negativismo" que para el juicio de los pueriles todo esto parece significar, el timbre general de su actitud ha sido, a menudo, peyorativamente señalado e incriminado con dureza. Hay quienes piensan que la obligación del director de opinión pública es la constante sugestión de arbitrios, remedios, recetas, fórmulas para "ir tirando". Olvidan (entre muchísimas otras cosas) que puede existir la conciencia de un deber antagónico: el de aventar ilusiones, el de desarmar errores mil veces reiterados, mutuamente sostenidos y reforzados, el de tajar toda maraña viciosa, el de dejar que el curso de las cosas siga hasta el final la pura dialéctica de su nocividad, y todo ir sea un ir hasta el fondo de los males para que los males tengan remedio, para que, en último término, en la intemperie dura, tónica, la tarea de un pueblo pueda reiniciarse en toda su ambición y desde el limpio principio. En

suma: que el llegar hasta el fondo, (que esto implica todo "radicalismo"), la **radicalidad**, la **totalidad**, la ceñida, cronometrada **coordinación** necesarias de toda reordenación nacional vigorosa y durable puede ser la sustancia última de este negativismo que a Quijano se le ha reprochado.

Es dudoso, hay que reconocerlo, que a esta altura de su vida, Quijano ratificara esta interpretación, en cierto sentido "construida", de su actitud. En primer lugar, porque el pesimismo, que es un ingrediente afectivo muy cierto en él, no contempla, seguramente, con la misma confianza, lo necesario, lo inexorable de este contrapunto dialéctico entre exacerbación de males y promoción de remedios y porque (además), es cada vez más notoria en él la convicción de que los pueblos no sólo pueden morir (y seguramente "quebrar") sino también declinar, sin estridencia, sin visible tragedia, hasta un nivel que los haga irrecuperables. También, reflejo humano al fin, porque sabe con qué caudales de sufrimiento individual y colectivo se pagan estos procesos, estos ciclos violentos.

Quijano, que es un gran repristinador de palabras, dio, a cierta altura de MARCHA, con dos: los **próceres** y el **floripondio** que expresan bien el sentido de su demolición de la clase dirigente uruguaya (una demolición que, inflexiblemente, nunca ha condescendido a personalizar), las señas de su incapacidad, su conformidad hinchada, su satisfacción verbalista y vacua, su cobardía ante todas las realidades. El convencimiento de que esos hombres y los anchos sectores de la sociedad que (con la única verdadera habilidad que poseen) modelaron a su imagen y semejanza, han desfibrado y desvitalizado al país más allá de todo lo curable por terapéuticas normales; la evidencia de que "nada" tiene remedio sin aquel "ir hasta las raíces", acometiendo en "toda" su área y "coordinadamente" todos los inseparables problemas, ha enfrentado a Quijano con la cuestión de la Revolución. Pues ¿qué otro nombre conjunto tienen esta radicalidad, esta totalidad, esta coordinación? Tal puede ser la inferencia de quien viva con autenticidad y limpio fervor desinteresado esta hora dolida de la vida uruguaya, sin que el ardiente ejemplo de Cuba sea necesario para su planteo, por más que pueda dotarlo de fuerza y dramatismo mayores. Dígase sólo que, en este punto (y esto no rezaría únicamente con él), Quijano aparece tan consciente de esa necesidad como hostil a confundirla con cierto fácil estado de espíritu que todo lo posterga —remedios de los males, desquites de los resentimientos, alegres castillos en el aire— a la hora apocalíptica, al trámite espectacular que teje la imaginación incapaz de enfrentarse con las tareas de cada día y el compromiso que ellas imponen.

Con todo esto ya se está apuntando a la incontrovertible carga pasional, afectiva, que la postura de Quijano porta, a su calidad de ser algo más que un frígido, desentendido ejercicio judicativo. Si realismo y economismo sellan su labor periodística, también la marcan un emocionalismo que en los últimos tiempos ha ido acentuándose.

Según un sonado editorial de fin de año no lejano el autor ve el curso de sus días ceñido por la triada dialéctica de idealidad primera e impetuosa, de asco y desengaño posteriores (Quijano es un maestro del melancólico desprecio, de la abominación cortés) para culminar, al fin, en una actitud de persistencia —a pesar de todo—, de lucha valerosamente asumida, sin esperanzas personales sin otro aliciente, **vox clamantis in deserto**, que la elegancia de una impecable pertinacia. Dolorosamente perceptivo de la fugacidad de los empeños humanos, de la soledad final irremisible, de la indiferencia majestuosa de la naturaleza, del olvido eventual pero, también, de algún modo, sostenido y entonado por la tenue ilusión de una supervivencia, sino personal, social, por la posibilidad de trascendernos en una obra que nos desborda, por el carácter religioso, religador de nuestro deber hacia los que nos sucederán y serán en buena parte legatarios de nuestros actos y nuestras abstenciones.